

habitaba en Carangas Pedro de Castilla, lugar también donde en la segunda mitad del siglo XVIII, desempeñó funciones de empleado de Hacienda D. Pablo Gregorio de Castilla, de quien consigna algunas noticias sobre sus actividades.

Respecto a un antiguo Obispo de Ayacucho, que según Castilla era su tío abuelo y a quien Dulanto Pinillos identifica con el Obispo de Huamanga D. Cristóbal de Castilla y Zamora, dice que ello no es exacto, porque aquél en 1669 era Obispo; luego debió de haber nacido a principios del siglo XVII y el abuelo del Mariscal había nacido a principios del siglo XVIII. A. M. no niega que a este Prelado se refiera Castilla.

La segunda parte está dedicada a San Martín, mejor dicho, a la pobreza de San Martín en el exilio y a la ayuda que recibió de sus amigos y de los gobiernos peruanos que respondieron a su solicitud para aliviar su estrechez económica. En el capítulo VIII, bajo el epígrafe de "Intervención del Mariscal Castilla", transcribe las cartas cambiadas entre Castilla y San Martín, comentando en cada una las noticias o expresiones más importantes, a la manera de J. A. de Izcue ("Castilla y San Martín", 1908), de cuya obra declara haberlas tomado.

Aprovecha el asunto que trata para formular una declaración sobre la carta de 15 de diciembre de 1848, de Castilla a San Martín, publicada por él en "El Comercio" de Lima de 6 de diciembre de 1940, cuando desempeñaba el cargo de Agregado Militar a la Embajada Argentina. Dice que en vista de que la firma, el papel y el tema mismo correspondían a asuntos tratados por el autor en ese año, "con absoluta buena fe" publicó la carta como auténtica; mas, después de un análisis detenido, "con los mismos sentimientos, declara que duda de su autenticidad. Expone las siguientes razones concluyentes:

1º La carta acusa una evidente irregularidad cronológica. No es posible que Castilla a mediados de diciembre de 1848 se enterara del traslado de San Martín a Boulogne-sur-mer, cuando él en 13 de noviembre, había contestado a una carta de S. M., fechada en Boulogne el 11 de setiembre.

2º También es notorio que la frase con que Castilla se despide de San Martín: "Lo abraza su amigo", es muy distinta del saludo empleado en las cartas auténticas.

De acuerdo con el propósito del autor de ofrecer una modesta colaboración para tareas superiores (escribir una historia integral de San Martín) y explicando que si los antecedentes que expone provenientes del A. G. N. "no prueban en forma absoluta" los vínculos de Castilla, "proporcionan, al menos datos suficientemente orientadores para continuar la investigación en otras fuentes", se puede decir, en resumen, que Aguirre ha cumplido con su finalidad.

Ninfa E. Oviedo Chamorro.

LUIS A. AROCENA, *El Inca Garcilaso y el humanismo renacentista*. Buenos Aires, 1949. 70 p.

Teníamos ya por finalizadas las discusiones en torno de Garcilaso, merced a la obra de valorización que hombres sensatos emprendieron en estas últimas décadas; pero resulta que hoy aparece un nuevo y fallido intento de abrir debate, si bien con distinto matiz, sobre antiguas oposiciones.

Primero fué la polémica de la verdad o falsedad de los Comentarios Reales; después, la de su originalidad o plagio.

Hoy el autor del presente libro quiere fundamentar, sin conseguir su objetivo,

que los *Comentarios Reales* habrían sido urdidos a base de las utopías del Renacimiento.

El libro está dividido en cuatro capítulos. En el primero, dos o tres palabras de la biografía del Inca. En el segundo hace un sumario de las diversas opiniones que suscitaron las obras de Garcilaso. Lo que dijo Menéndez Pelayo de la traducción de los *Diálogos de Amor*, superaron a las anteriores versiones. Comparación de *La Florida* con la *Araucana* por García Calderón. Los juicios a los *Comentarios Reales*, desde el Nihil obstat del jesuita Francisco de Castro para la impresión de la segunda parte de los *Comentarios*, pasando por las de Antonio Solís, William Robertson, William Prescott hasta los de Menéndez Pelayo, Eduard Fueter, Ricardo Cappa, González de la Rosa, Riva-Agüero, llegando hasta los emitidos por Roberto Levillier, Valcárcel, Vasconcelos y Sánchez.

La intención del autor es que, "entre la antología de juicios laudatorios inspirados en ingenua y deslumbradora admiración, entre los alfilerazos hipercríticos y más allá de las posiciones extremas tomadas en los recios encontronazos polémicos, caben todavía nuevas conclusiones". Y a esto estarán encaminados los dos capítulos siguientes.

Piensa el autor que toda la explicación de la obra de Garcilaso estaría en destacar los problemas que preocuparon al medio y a la época en que Garcilaso maduró su espíritu y produjo su obra; se vería entonces que mucho de cuanto el cronista proyectó en el pasado ideal de su pueblo está evidentemente vinculado a la flora temática de su tiempo.

La presentación de la atmósfera intelectual del siglo XVI está dado en el tercer capítulo. Exposiciones de Jacobo Burckhardt sobre aspectos de la Edad Media —velo tejido con fe, ilusión e infantiles preocupaciones—, y cómo en Italia se disipa por primera vez este velo. Maquiavelo interesándose por las realidades en lo que son y no en lo que pueden ser, y por la inutilidad de los escrúpulos en la política. Juan Luis Vives y su trabajo *De la concordia y discordia*. *La Utopía* de Tomás Moro. El Institutio Principis Christiani de Erasmo de Rotterdam. Los *Diálogos de Mercurio y Carón*, criticando la sociedad y las costumbres de la época.

El cuarto capítulo da la conformidad de los *Comentarios* con los tratados mencionados en el capítulo anterior.

La cuestión previa que se plantea Arocena es el cambio sufrido en el ánimo del Inca a su llegada a la Península. Se resuelve a comprobar la absoluta influencia del ambiente de Garcilaso. "Durante su larga estadía en España se operó en él una transformación radical", dice llanamente. El hecho de referirse a un cambio sin analizarlo indica el desconocimiento de sus motivaciones. Se limita a añadir que "el Inca siendo mozo de armas y caballo dió luego en letrado". El Inca Garcilaso no sufrió mudanza alguna por pasar de las armas a las letras, pues que el primero no fué, en su vida, sino un hecho meramente circunstancial. En cambio, el de las letras fué el quehacer de toda su vida.

Cuando el Inca llega a España el Renacimiento estaba iniciando su apogeo. El fenómeno renacentista era de un contenido amplio. Sus fronteras sobrepasaban lo literario o lo filosófico para trascender los estratos de la economía, de lo social y lo religioso. Habíanse erigido nuevos y antagónicos principios que normaban la vida multiforme.

Propio de la Edad Media fué el predominio de los poderes eclesiásticos y feudales. No existían sino estos dos estamentos que imponían su poderío. La mentalidad

era conservadora y tradicional. La vida social supeditada a la Iglesia. En lo económico, la riqueza estaba fincada en la tierra, esencialmente estática. Para que el Renacimiento adviniera fué preciso el uso de la moneda. El dinero, elemento movable, actúa y precipita las transformaciones. Paralelamente, el hombre allegado a la ciudad, cobra un espíritu democrático y urbano que originará la manifestación de una nueva intelectualidad. Surge así la burguesía de cuño "liberal" que se apoya en las fuerzas del dinero y de la inteligencia y rompe las tradicionales ligaduras con los elementos, hasta entonces privilegiados, del clero y de la feudalidad¹.

Los únicos medios de emanciparse y adquirir personalidad estaban pues en el capitalismo y en la inteligencia.

El Inca Garcilaso, que llegaba de un pueblo de conquistados, que no podía ostentar nobleza a pesar de estirpe ilustre y cuyo mestizaje miraban como un oprobio, escogió el primer camino. Pudo haberse valido de su inteligencia inmediatamente, pero los trabajos que realizaba entonces no eran para terminarse en unos meses. Sus libros salieron a luz muy tarde.

Para alcanzar el dinero codiciado hizo ante el rey repetidas y frustradas solicitudes de las mercedes que le correspondían por los servicios de su padre. Todo se le negó. La única ruta que ofrecía posibilidades inmediatas era el ejército. Y así sentó plaza en él, no por afición sino porque allí vislumbraba un ilusorio porvenir². Luego de recorrer Italia y combatir en las Alpujarras contra los moriscos regresa a la casa de su tío, que le señala una parte de su herencia. Esto significa que, desaparecido el apremio económico, no le quedaba sino dedicarse a sus naturales aficiones. Era un burgués.

Se presenta aquí el problema de la atmósfera intelectual que habría ejercido su influencia en él.

Luis Arocena pone particular interés en señalar este hecho. No concibe al Inca aislado y ajeno al mundo. Dice: "mal haríamos en desestimar las sugerencias que el medio y la época pudieron hacer gravitar sobre su espíritu". Es innegable que el hijo de Chimpu Ocllo vivió de acuerdo con su tiempo. Fué un hombre del Renacimiento. "En un libro mío he dicho yo erradamente que nuestro Garcilaso fué un hombre de la Edad Media y que en él no influyó el Renacimiento de manera apreciable. Con las noticias que hoy ofrezco se ve manifiesto mi error, y me alegra retractarme de él en esta ocasión pública y solemne", se confiesa Riva-Agüero³.

Garcilaso como hombre medioeval nunca podría haber escrito los *Comentarios Reales*. El pensamiento predominante era el cielo, "frente al cual lo precederо no es más que símbolo y remedo de lo suprasensible y la naturaleza sólo un reflejo de lo sobrenatural". "El espíritu del capitalismo, que desde el Renacimiento inicia su imperio sobre el mundo, vacía a este mundo de la substancia de Dios"⁴.

¹ Alfred Von Martin, *Sociología del Renacimiento*, México, 1946, p. 16.

² Aurelio Miró Quesada conceptúa que "los años de servicio en la carrera militar eran una etapa casi obligada en la formación moral y espiritual de los hombres de entonces" (*El Inca Garcilaso*, Lima, 1945, p. 132).

³ José de la Riva-Agüero, *Por la verdad, la tradición y la patria*, Lima, 1938, p. 29.

⁴ Alfred Von Martin, ob. cit., p. 17.

La demostración palmaria de que el Inca no disienta de esta corriente espiritual se halla en haber expuesto sin ambages ni fanáticas repulsiones la religión de sus antepasados. Por otra parte, vivir al margen del matrimonio consagrado por la Iglesia indica la poca atención que ésta le merecía. Es pues que la religión se hace cada vez más formal, más externa; se neutraliza potencialmente, se convierte en inocua, pierde su acción sobre el presente y sobre el curso de la vida⁵.

Según Porras Barrenechea, el cristiano y el hombre del Renacimiento español se sobrepone al descendiente de los capaccunas del Cuzco⁶. Ya se ha visto que efectivamente el hombre del Renacimiento se sobrepuso en Garcilaso, pero también es cierto que lo cristiano se impone sólo en su vejez. En su juventud, en materia de religión, era un tibio⁷.

Pero Arocena no se queda en la simple comprobación del renacimiento del Inca sino que va más allá y dice que los *Comentarios* son fruto de las utopías del momento.

La única utopía que aparece hasta antes de la muerte del Inca es la de Tomás Moro. La primera edición de 1516. Después salen ediciones latinas y alemanas. Entre 1548 y 1583 las traducciones italianas. La castellana sólo en 1637. Se puede suponer que Garcilaso haya leído en la traducción italiana o latina, mas siempre será una vaga conjetura.

Las otras que llama utopías el autor son nada menos que el tratado "De concordia y discordia" de Juan Luis Vives; los *Diálogos de Mercurio y Carón* que redacta en 1528 Alfonso Valdés. "Es una sátira en cuya primera parte el autor nos habla de las almas de varios personajes representativos de diversos tipos sociales (el obispo, el predicador, el rey, el duque, el hipócrita) a medida que van cayendo al infierno. En la segunda parte, son las almas de los hombres buenos (entre ellos figuran un cardenal, un obispo, un predicador, un fraile) que suben al cielo, el objeto de la curiosidad y de las observaciones del autor. El carácter y el plan de la obra están concebidos según el modelo de los *Diálogos* de Luciano. No se limita el autor a hablar del destino de los animales en el otro mundo ni zaherir con los tiros de su sátira a los representativos de la corrupción moral de su tiempo. Los interlocutores tratan también de asuntos políticos de candente actualidad, sobre todo los referentes al Emperador, como son la conducta del rey Francisco I después de haber sido hecho prisionero en la batalla de Pavia, el reto del rey de Francia y la contestación del Emperador, las relaciones de éste con Enrique VIII de Inglaterra, etc.⁸. Ya se puede ver cómo el asunto de la obra está muy lejos del espíritu del Inca y de su misma historia.

Otra de las utopías que menciona es el *Institutio Principis Christiani* de Erasmo de Rotterdam. En conjunto, éstas se inspiraban en la "Philosophia Christi", y en donde se trataban sobre la comunidad de bienes, las conquistas por la paz y la concordia, el patriarcalismo, etc. Identifica Arocena estos principios con los que da Garcilaso del Imperio Incaico.

Quien ha escrito la mejor obra sobre Garcilaso, por su comprensión e imparcialidad, es Aurelio Miró Quesada. Es un libro bastante excepcional por las fuentes de

⁵ Alfred Von Martin, ob. cit., p. 42.

⁶ *Conferencia de Montilla*, España. (vid. *Mds.* XIII—87-88).

⁷ Daniel Valcárcel, *Garcilazo-Inca*, Lima, 1939, p. 111.

⁸ Manuel de Montoliú, *Literatura Castellana*, Barcelona, 1947, p. 479.

donde emana. Expresa allí "la historia de los Incas, que oyó contar a su madre y a sus parientes maternos, y la de la conquista del Perú que escuchó de su padre el capitán y a sus contemporáneos, y de la que él mismo pudo ver todavía una cauda dramática y sangrienta son las que nutren y hacen vivo su íntimo anhelo de escritor"⁹.

Otra de las personalidades más egregias de América, Ricardo Rojas tiene sinceros y penetrantes juicios como éste: "Los Comentarios sin duda influyeron en Campanella, Harrington y aun en la concepción de obras como los Incas de Marmontel o la Alzira de Voltaire; pero ello no es motivo para igualar esas concepciones imaginativas y trasnochadas con el libro de Garcilaso, en el cual hay una auténtica verdad de fondo que nace del espíritu de su autor y de tradiciones confusas, pero no maliciosas ni insostenibles, ante las nuevas investigaciones de la ciencia. También se puede decir que los Comentarios influyeron sobre Rousseau y sobre Fourier, en cuanto nos dan embellecida la vida del hombre natural y en cuanto describen una sociedad comunista, *Modelo de las utopías proyectadas después por Garcilaso*, pero aun siendo ello verdad los Comentarios son libros de otra especie. *Conviene cuidarse de tales analogías* si se quiere entender esta obra compleja, profunda y única"¹⁰.

La autoridad de Ricardo Rojas está bien cimentada para hacer la réplica a las antojadizas suposiciones del autor del libro que comentamos.

Manuel Baquerizo.

JUAN BENAYAS, *Los Mitos Comunistas, Socialistas y Colectivistas del Perú Prehispano*. Lima, Ed. Lumen, S. A., 1951. 157 p.

Un estudio objetivo de la tesis planteada, nos conduce a dividir esta nota en tres partes, con lo que esperamos realizar una crítica ordenada de la obra.

a) *Fuentes e interpretación de textos*.— En la p. 13 el autor dice: "Nadie ha envilecido tanto a los indígenas como Garcilaso de la Vega", para afirmar en seguida: "es muy humano que los Comentarios Reales encubran muchos hechos desdorosos para los antecesores maternos de Garcilaso y trate éste de justificar a sus consanguíneos, ¿qué autor no hace otro tanto, si escribe las visicitudes porque atravesó su patria? y, acaba: "no es prudente desdeñar sus relatos a ciegas". (pp. 17-18).

El primer error no necesita rectificación; todos saben cual fué la intención del Inca al escribir sus Comentarios Reales; a lo segundo cumplimos con recordar al autor la siguiente frase de Rafael Altamira: "*La historia debe decir la verdad y toda la verdad de lo que la humanidad ha hecho aunque quien la escriba desee ardientemente que se modifique en lo futuro*". Parece que el padre Benayas ha olvidado lo que tan categóricamente afirma en la p. 5 donde dice que "*la Historia es la Historia; y mal que nos pese debemos acatarla, nos guste o nos desagrade*". A lo tercero debemos decir que a Garcilaso nunca se le ha desechado a ciegas y que muchos de los errores que hoy día lamentamos provienen de haber aceptado su versión sin miramientos.

⁹ Aurelio Miró Quesada, *El Inca Garcilaso*, Lima, 1945, p. 211.

¹⁰ Prólogo de Ricardo Rojas a los *Comentarios Reales*, ed. Rosenblat.